

Palabra cumplida

LA coronación de don Juan Carlos como Rey de España puso de manifiesto, el 22 de noviembre de 1975, la popularidad de que gozaba en el país. Ahora, cuando va a cumplirse el año, la popularidad del Rey y de doña Sofía se ha mantenido intacta. Pero además el paso del tiempo ha acrecentado algo que entonces no teníamos datos para valorar: la confianza en su capacidad de decisión política.

Los Reyes, en sus desplazamientos a diversas partes de España, han sabido acercarse al pueblo. Los catalanes no olvidaremos fácilmente el hito histórico que marcó su visita, especialmente por los largos párrafos del discurso de salud, pronunciados en catalán. Los Reyes han sabido mantener al propio tiempo la exquisita discreción de su vida habitual, de su existencia privada, y la más abierta y grata comunicación con el pueblo en las ocasiones que su condición de soberanos les ha brindado. Ni excesivo protagonismo, ni recelosa distancia: tal ha sido la norma.

"Nuestro futuro se basará en un efectivo consenso de concordia nacional", prometió don Juan Carlos va a hacer un año, en el primer discurso de la Corona, apenas proclamado Rey de España. La responsabilidad real en una época de transición, al salir el país de largos años de poder personal y aspirar abiertamente a una estructura política democrática, era y es grande.

Difícil, delicada, paciente ha sido la actitud del Rey en este año. Con la fuerza simbólica de los actos, con el uso decidido y prudente de las palabras, con el ejercicio de sus prerrogativas en los casos en que una opción se ha puesto a su alcance, Juan Carlos I ha mostrado a todos los españoles que era capaz de responder con firmeza y valor a su promesa pública: "Que nadie espere una ventaja o un privilegio".

¿Era fácil prever hace un año que el Gobierno de Su Majestad iba a sacar adelante una reforma política fundada en el reconocimiento explícito de la soberanía del pueblo y en el ejercicio del sufragio universal, directo y secreto para elegir unas nuevas Cámaras? Y sin embargo, eso es lo que ha ocurrido. Las esperanzas de hace un año se han cumplido como pocos osaban asegurar.

Dos Gobiernos han guiado los pasos de la acción política en este tiempo. A ambos corresponden sin duda aciertos y frustraciones; pero el tiempo transcurrido permite afirmar que la elección de un nuevo jefe de Gobierno, don Adolfo Suárez, y de un nuevo equipo ministerial, dio al Gabinete segundo una coherencia que el primero no tuvo, y que la acción de reforma política ha tenido el segundo Gabinete un impulso y una seguridad de toque mayores que en el primero, pese a la desorientación que se produjo con el repentino cambio.

De ahora en adelante, la palabra vamos a tener todos. ¿No es un giro copernicano en la política española?

El cardenal Enrique y Tarancón, que va a hacer un año supo en memorable homilía encontrar el tono moral y la altura de miras que el momento pedía, se dirige de nuevo ahora a todos y en su carta pastoral sobre los cristianos y la política expone las razones por qué a su juicio la participación política es hoy obligatoria para todos, especialmente para los cristianos. "Cuarenta años de «pasividad» política han marcado a una generación que ni ha recibido la formación política necesaria ni ha podido realizar una experiencia auténticamente responsable." El peligro está en el aprovechamiento extremista de la inhibición o la apatía de muchos. Y el mejor modo de conjurarlos ha de ser la participación libre y responsable de todos, cada cual con arreglo a su conciencia, en el que-hacer común.

Hace un año, don Juan Carlos anunció con solemnidad: "Hoy comienza una nueva etapa de la historia de España". Transcurrido un año, hay datos suficientes para reconocer públicamente que ha cumplido la palabra, que estamos realmente en una nueva etapa.

ACLARACION

En nuestro editorial de ayer se produjo un error de transcripción que, aunque estamos seguros habrá sido subsanado por el buen sentido de nuestros lectores, no queremos dejar de corregir.

En efecto, en el penúltimo párrafo, decíamos en el referido editorial: «La talla histórica de Franco se aquilatará con el tiempo —y esto es un aviso para los postfranquistas de buena fe— en la medida en que estas reformas se realicen en tiempo útil». Y agregábamos; y aquí es donde ha intervenido la omisión de una partícula, de un «no» que altera completamente el sentido de la frase: «Pero desmerecerá a los ojos de la posteridad, hasta el punto de que su largo régimen podría llegar a ser considerado sólo como un paréntesis, en la medida en que las reformas aprobadas por las Cortes no se desarrollen de una manera irreproachable».

**TRIBUNA DE LA VANGUARDIA
TOLERANTES O TOLERADOS**

LA palabra «tolerancia» no tiene muy buena prensa, hoy día. Tirios y troyanos la evitan con cuidado casi exquisito, y, de hecho, sólo suele utilizarse en cuestiones de «costumbres» —de malas costumbres, según la terminología habitual—: la «sociedad de la tolerancia», por ejemplo. En realidad, es lógico que se la esquive. Al fin y al cabo, «tolerar» significa, de entrada, hacer la vista gorda ante algo previamente declarado reprobable, consentir lo que no está permitido por la ley o las convenciones, dejar hacer por mera condescendencia. El «tolerado» se siente incómodo en una tal perspectiva. Le niegan el derecho a ser o a comportarse a su modo; se limitan a no castigarle por ello. Ciertamente que más vale eso que nada, y la vida, en el fondo, consiste en una trama de pequeñas tolerancias mediante las cuales la gente respira un poco y a ratos. Pero el esquema de la situación es vejatorio. Uno —el «tolerado»— se pregunta en nombre y en razón de qué, otro —el «tolerador» o «tolerante»— le administra su libertad. Naturalmente, la reflexión no puede ser más ingenua. El tinglado social está montado de una manera universalmente determinada, en la cual hay quienes tienen la sartén por el mango y hay quienes están expuestos a recibir los sartenezos.

Desde un ángulo teórico, los titulares de la sartén alegan que son depositarios de la «verdad», de la «justicia», del «bien común», de la «moral», de todos los fantasmas solemnes posibles, y, en consecuencia, queda así justificada la presión que ejercen contra los demás, contra los «disidentes», «heterodoxos», «inmorales» o lo que sean. Se trata, siempre, de un planteamiento dogmático, y, por tanto, maniqueo. Lo corriente es que estos individuos, en momentos de santa indignación, exclamen: «¡Es intolerable!». «¡No se puede tolerar!». «¡No toleraremos!». En la práctica, sin embargo, unas veces más, otras menos, hacen concesiones: toleran. De no hacerlo, todo el tinglado se iría al cuerno. En materia de conductas privadas, siempre hubo una relativa manga ancha. Pensemos que una sociedad obsesivamente virtuosa —con los clásicos siete pecados capitales cancelados— sería como una inmensa Trapa, con grave detrimento para la industria y el

comercio y para la mismísima perpetuación de la especie. Nadie, excepto algún loco iluminado, pretendió nunca tal cosa. Las épocas más puritanas fueron también muy disolutas. Hipocresía y tolerancia se daban del brazo para salir del paso.

En el área de la política ocurre otro tanto. El sistema llamado «liberal», que es, de todos los conocidos, el más tolerante, también pone un límite a su tolerancia: por ambos extremos, una afirmación dogmática se le enfrenta con programas intolerantes, y, por supuesto, la intrínseca condición clasista de su estructura —el nombre técnico es «democracia burguesa»— le obliga, en un obvio sentido de autodefensa, a perseguir amargamente a sus enemigos. La tolerancia —y la represión, que es su premissa— desaparecerían en una hipótesis libertaria absoluta, y que se sepa, esta utopía ni siquiera se ve clara a nivel especulativo y para matar el tiempo. Las «libertades formales», bien mirado, y pese a la justa crítica de que han sido objeto, continúan siendo pedazos de tolerancia muy apreciables. Los que, por una maligna conjunción geográfica e histórica, nunca las hemos disfrutado, experimentamos la seducción de su espejismo. ¿Que son una trampa? Bueno: vengan trampas como sea, y Dios dirá. Porque entre una oferta de «libertades formales» y la prolongación del garrotazo y tinte fieso, la elección es sencilla. Locos aparte.

Y no se crea, por descontento, que esta «esperanza» es o pueda ser nunca medianamente fácil. El «liberalismo», por serlo, arrastra unas contradicciones más penosas y automáticas de lo que la oposición marxista indica. No es imprescindible calar hondo y denunciar el embrollo conflictivo subyacente. Cuando yo era un chaval, lei en algún papel político-eclésiástico una bella argucia antiliberal, que me impresionó bastante. Procedía de un integrista francés, Veullot de apellido, creo: un Sardà i Salvany más ingenioso que el indígena. Aquel señor decía a sus contemporáneos liberales: «Vosotros, mientras sigáis mandando, tendréis que tolerarnos, porque por principio no distinguís entre Verdad y Error; pero ¡ay!, cuando mandemos nosotros, los propietarios de la Verdad, no os tendremos ninguna compasión, y os destruirémos, porque sois el Error».

¿Quién se acuerda ahora de Veullot? Sin embargo, su sofisma —¿es un sofisma?— no ha perdido vigencia. Puestos a «tolerar», hay que tolerar a los «intolerantes», y no hace falta mucha imaginación para prever el resultado. Son «las dulces molestias de la libertad», como decía aquel gran poeta y apacible político que fue Jaime Bofill i Mates. ¿«Dulces»? El adjetivo es encantador. De una buena fe mayúscula. Todavía los «comandos incontrolados» eran inéditos.

La tolerancia, en su mejor acepción «cultural», sólo alcanza un sentido válido cuando es mutua. O recíproca. No una «concesión» sino un «respeto» de unos a otros. Eso implica que nadie parte de la idea de que él —o su partido— tiene razón, y nada más que la razón. ¿Quién es el guapo que se atribuiría este rango? Si: hay quien lo hace. Y quienes lo hacen repudian el «pluralismo» como una insidia herejista. Me parece que doña Simona de Beauvoir, en un espléndido panfleto sobre «el pensamiento político de la Derecha», aseguraba que el «pluralismo» es reaccionario. Quizá sí, y si lo es, ella misma, la ancianita Beauvoir, denostando el «pluralismo», se aprovechaba de él: sólo dentro de unas coordenadas «liberales» ha podido funcionar esta distinguida dama, es decir, con el cobijo de la Derecha y siendo de derechas su crítica de la Derecha... Estos tirabuzones dialécticos acaban siendo, más que grotescos, fatigantes. Siempre habrá quien, considerándose apoderado de la Verdad —revelada o científica—, pedirá el monopolio del catecismo, de la inquisición y de los ministerios. La Verdad...

El buenazo y escéptico de Poncio Pilatos —un gobernador civil que ya lo quisiera uno para su provincia —confesó su perplejidad en una frase epigráfica: «¿Qué es la Verdad?». Y eso digo yo: ¿qué es la Verdad, qué son las verdades, en política, en economía, en cultura, en las evidencias sexuales? Si: hay mucha «verdad» clara y clarificada. No es toda la verdad, ni es nada más que la verdad... Tolerémoslos los unos a los otros. No es pedir demasiado. Para lo que nos queda por vivir...

Juan FUSTER

CARTAS DE LOS LECTORES

GAUDI, EL HOMBRE

Sr. Director:

Al autor de «A punta seca» (4-XI-76) le parece evidente que Gaudí, dados su aspecto, modo de vida y conducta profesional, «no era normal», e invita a los psiquiatras. Y porque dicen que Gaudí dijo que su celibato le evitó «la tristeza de quedar viudo», y sin pararse a más (p. e.), a imaginar humor en Gaudí o insuficiencia de circunstancias en el testimonio, está en «grotesco, sin una punta de grandeza. Es el pensamiento de un miserable».

Con todo mi respeto para tan brillante periodista, no acabo de comprender su conjunto de sospechas y expresiones sobre Gaudí. El monaquismo de vida y aspecto de Gaudí es (aparte el ingreso en religión de una mujer amada, y luego los fallecimientos escalonados de su padre, de su hermana, de su sobrina y del canoso Matamala), perfectamente explicable por su piedad, menos conocida, pero más alta que sus torres, la cual le decidió a consagrarse al Templo, del que acabó siendo mendigo y «monjo» (expresión suya). En cuanto al «delirio» y «constante ruptura» de su obra profesional, no creo fácil a nadie aislar lo que pudo haber de «anormalidad» de lo que ciertamente hubo de idealismo y talento no ordinarios, afán de superación sin límites y carácter y labor tenaces (y, no olvidarlo, convivencia de algún cliente generoso). En fin, la psiquiatría está bien, pero mejor y antes la historia, simplemente la historia, los datos, eso que falta en «A punta seca»: hechos y dichos inequívocos de Gaudí, o de quienes más le trataron. De Gaudí, habría sido difícil. De otros, fácil, pero contrarios. Por ejemplo, del arquitecto Joan Bergós, que, tras diez y más años de tratar a Gaudí, concluyó (Antoni Gaudí, l'home i l'obra», Ariel, 1954), que era un «gran home» (p. 9), «home de seny» (p. 26), («seré, equilibrat, exemplar» (p. 23), de «alta categoría espiritual» (p. 9), de «elevació de sentiments» (p. 24), ejemplo de humildad, pobreza y caridad.

Por todo ello es mi humilde parecer que «A punta seca» en esta ocasión no ha resultado un ejemplo de lógica, ni de tono, ni de respeto a una reputación merecida, ni de homenaje a Gaudí en el cincuentenario de su muerte. Y que ha faltado, aquí, si, y perdone el ilustre autor, «una punta de grandeza».

Aurelio QUEROL LOR, Pbro.
Tortosa (Tarragona)

Sr. Director:

Como tengo la casi seguridad de que el autor de «A punta seca» no va a desender para darle satisfacción al señor Rabassa Segovia, permítame que sea yo el que lo haga, siempre en el supuesto de que mi admirado «dos arteriscos» lo permita.

«Hace usted referencia a una de las secciones o apartados (sin firma) de «La Vanguardia», por lo que lo hago asiduo lector del mismo. Le ruego observe la cantidad de escritos que llevan sus numerosísimas páginas y se tome la molestia de contar las firmas que a los pies de los mismos figuran: verá lo poquitas que son. ¿Por qué? No lo sé, tan sólo lo presumo, existe algo que se llama modestia. Ignorarla en una persona de su tiempo no está bien. Cuidado, señor.

tampoco quiero decir que el que firme sus trabajos sea un imodesto. Es tan sólo una «opinión» y por otra parte cada uno hace con sus escritos lo que le viene en gana —si el director se lo permite—. Infinidad de escritores emplean seudónimos, el que nos ocupa lo hace con dos arteriscos como lo podría hacer con otra cosa, cualquier cosa. Quede pues perfectamente sentado que no debe ni puede achacarle el anonimato al autor de «A punta seca», ya que, si de verdad usted lo desconoce, tómese la molestia de hacer una pequeña encuesta y le asombrará comprobar lo conocido que es su autor.

Es una pena que poseyendo una lengua como la que estoy empleando, rica y variada en vocablos y matices, seamos tan poco capaces de comprender su lectura. Intentar mezclar ideas y conceptos donde no los hay es muy nuestro. Lo cierto es que somos incapaces de soporarnos como personas y muchísimo menos sí, por el motivo que sea, nos atrevemos a exponer nuestro criterio. Entonces salta el anatema, dichoso anatema, maldito anatema, de «el que no está conmigo está contra mí». Así nos ha ido en el pasado y muy negro veo el futuro si, de una vez por todas, no olvidamos la palabra.

Apostaría —hacerlo es jugar y por tal estoy dispuesto a saber perder— que usted lleva mucho tiempo leyendo «A punta seca» y ha estado aguardando, como cazador al acecho, que la pieza —en este caso su, para usted, anónimo autor— tuviese el más infimo de los deslices, para con su «cruz» en ristre asentarle lo que vulgarmente se dice un «cristazo», a fin y efecto de hacerla volver al redil —su redil, señor Rabassa.

Me han llamado muchas, muchísimas veces «miserable», me lo he tomado a chacota —en realidad lo soy, pues «vivo como un miserable», pudiéndolo hacer como un «creso». Lo cierto es que soy lo primero y lo segundo tan sólo lo podría aparentar y esto es, precisamente, lo que me avergonzara.

¿Otra apuesta? —por supuesto, dispuesto a saber perder—. Usted sabe perfectamente quién es el autor de «A punta seca», ya que, como digo, creo lleva mucho tiempo leyéndolo, y tanto si le gusta como si no, ha sentido la curiosidad de saber el nombre de su autor y como quiera que no es ningún secreto lo ha averiguado. ¿Cierto?

Su edad, señor Rabassa, puede decir, en realidad las dice, muchas cosas, tantas que si en la más mínima parte tuviese usted algún parecido con la madurez mental del autor que comentamos, yo me atrevería a decirle a usted la opinión que me merece, pero como temo a los «cristazos» me abstengo. No obstante sepa que la edad —por demás respetable— nada dice si el transcurrir de los años no han ido madurando nuestro saber; no basta con haber adquirido hace cincuenta años un hipotético título de «sabio», si en el mismo día anclamos con doble cadena nuestro cerebro.

Vuelva a leer lo que fue para usted piedra de escándalo, méditelo en su totalidad; haga lo mismo su diccionario, después haga lo mismo con su carta, llegará a la conclusión de que, a mi parecer, incurre usted en lo que no quiere y que por supuesto nadie dijo respecto al gran Gaudí, cuando se expresa en su carta como lo hace al referirse al autor de «A punta seca».

M.-D. F. N.

**MARIONA REBULL -
IGNACIO AGUSTI**

Señor Director de «La Vanguardia»:

Con la curiosidad y el interés lógico empecé a leer el artículo que firmado por Baltasar Porcel apareció en «La Vanguardia Española» el pasado día 12 de noviembre. El artículo se titulaba «Apunte contradictorio - Mariona Rebull e Ignacio Agusti». El apunte era sin embargo extenso. Terminé su lectura con mi ánimo lleno de estupor y amargura, y tuve la impresión de haber presenciado el intento de atentado a un ser al que ya se sabía muerto.

Ignacio era para mí un ser entrañable, no sólo como hermano y amigo sino también como escritor, cuyo oficio ejerció con pasión y ha invadido, sin duda alguna, a la sociedad catalana sobreviviendo como escritor incluido al propio nombre.

Después de la lectura del artículo de Baltasar Porcel, medité sobre su intencionalidad. ¿Cuál había sido la intención de quien lo escribió, que según confiesa no trató a Ignacio y en consecuencia mal puede ser crítico justo, veraz y equilibrado de su persona? ¿Es que puede serlo acaso como escritor, quien como el señor Porcel, según dice, desconoce parte de la obra de Ignacio y sobre todo, el ambiente de una sociedad —la de Mariona Rebull— en la que no vivió y a la que nunca perteneció, ni el ni siquiera sus antepasados?

El propósito es para mí clarísimo: inicialmente destruir la obra de Ignacio Agusti, en la que como novelista describió vistas de conjunto y síntesis de la naturaleza humana, planteando además correctamente un problema social. Pero a mi juicio la intención del articulista ha sido sobre todo «desacreditar» una época de la sociedad catalana, de su burguesía secular, de industriales y comerciantes honestos, que constituye y constituirá sin duda alguna, la esencia de Cataluña, sin que puedan derribarla intromisiones de extraños profetas que por lo menos la desconocen.

No merecería seguir comentando el artículo de Porcel porque basta su simple lectura para observar, como el mismo reconoce en el título del artículo, que está escrito en términos confusos y contradictorios y para intuir que quien permaneció silencioso y no escribió como lo hace ahora durante muchos años, piensa hoy que puede ser «casi» brillante nadando en una bahía de aguas movidas y abierta a corrientes turbias.

Porcel ha olvidado o suprimido elementos de belleza y grandeza moral de Ignacio, de un ser que terminó poseído de una serenidad muy viva en estas dos excelas cualidades humanas. Estoy seguro que, a pesar de todo, Ignacio está deseando desde el más allá que él pueda lograrlas, aunque yo pienso que el mejor camino para alcanzarlas no es tratar de atentar contra quienes por desamparados, no pueden defenderse por sí mismos. ¡Pobre oficio éste quien lo ejerce, ya que nada tiene que ver con el muy noble de escritor y periodista!

Creo tiene derecho a una paz bien merecida, quien en vida dio fruto a obras que perduran sin intención de ofensiva para nadie.

J. AGUSTI PEYPOCH

**UNA INTERPRETACION
DEL «CASCAMORRAS»**

Señor Director:

Como persona y como andaluz, he sentido vergüenza al ver en televisión la «interpretación» que cada año se hace en Guadix y Baza (Granada) y en la que un pobre hombre, el «Cascamorras», es golpeado y humillado por una muchedumbre ante la mirada complaciente de unas autoridades y unos representantes del clero. ¡Y todo ello en nombre de la Santísima Virgen y patrocinado por una «hermandad»!

¡Pobre Andalucía! No es suficiente que varios millones de andaluces tengamos que ser la mano de obra barata de España y media Europa. Aun tendremos que pagar más, mucho más, por haber perdido nuestra identidad nacional, nuestra cultura basada en el respeto al individuo, por haber degenerado nuestro espíritu culto y poético para caer en la chabacanería.

Se están celebrando las «Jornadas Andaluzas» en Barcelona. Los que hemos asistido a alguna charla sobre la historia de Andalucía hemos podido reafirmar la creencia de cómo el pueblo andaluz fue dominado material y espiritualmente; la cultura andaluza, tan rica durante la época árabe, destruida y las tierras, primera riqueza de mi país, repartida entre grandes latifundistas.

Tal vez el «Cascamorras», representante andaluz de los últimos cinco siglos. Somos conscientes de todo ello.

M. LOPEZ ACOSTA
San Juan Despi

**LOS SALARIOS DEL
NAZISMO**

Señor Director:

En el periódico de su digna dirección, del 7 de octubre del presente año, aparece un artículo de Jaime Miravittes titulado «Libertad y prosperidad», en el que, entre otras cosas, se dice:

«Durante el período 1933-1939 no hubo parados en Alemania y los salarios obreros fueron muy aceptables.»

Sin embargo, veamos lo que dice a este respecto el librito de Ernest Mandel, de reciente publicación en España, titulado «El fascismo» (Akal 74), apoyándose en el libro «L'Economie allemande sous le nazisme» (Rivière, Paris, 1946, p. 210), de Charles Bettelheim:

«El salario-hora del obrero cualificado pasó de 95'5 pfennings en 1928 a 70'5 en 1933, después a 78'3 en 1936, a 79 en 1940 y a 80'8 pfennings en octubre de 1942. Estas cifras se refieren al salario medio de diecisiete sectores industriales. Otras fuentes dan unas cifras algo más elevadas para el salario medio de los obreros cualificados en la economía del III Reich en su conjunto. Según estas cifras los salarios pasaron de 79'2 pfennings a 78'5 entre enero de 1933 y 1937 y luego aumentaron lentamente hasta alcanzar 79'2 pfennings en 1939, 80 en diciembre de 1941 y 81 pfennings en octubre de 1943... «Magnífico» éxito por parte del régimen nazi... En resumen, Neumann ha confirmado que la distribución de la renta nacional alemana evolucionó ampliamente en favor del capital entre 1932 y 1938».

Ante estos datos contradictorios, ¿quién tiene razón? Sería conveniente saberlo para poder determinar en qué medida el fascismo es aún más protector que la burguesía.

Pedro JOFRESA REIG